

BN
923.772
U58a
e.3



ACTO ACADÉMICO
de homenaje a
JUSTO SIERRA

En ocasión de la entrega de la medalla
conmemorativa del centenario del ilustre
educador, enviada por la Universidad
Nacional Autónoma de México a la
Universidad de Santo Domingo.

(9 DE NOVIEMBRE DE 1949)

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD
DE SANTO DOMINGO

Serie IX—Historia y Biografía

No. 1

"Acto Académico de homenaje a Justo
Sierra..."

Ciudad Trujillo, R. D., 1950, 44 pp.

PUBLICACIONES ANTERIORES DE LA
MISMA INDOLE, SIN NUMERAR

TRUJILLO MOLINA, Rafael.— "Discurso
del Generalísimo... en el IV centenario de
la fundación de la Universidad de Santo Do-
mingo", C. T. 1938, 18 pp.

ORTEGA FRIER, Julio.— "Discurso del Rec-
tor... En el IV centenario de la fundación
de la Universidad", C. T. 1938, 28 pp. (2a.
ed. 1942, 28 pp.) (3a. ed. aum. 1946,
59 pp.)

KNIGHT, Melvin M.— "Los americanos en
Santo Domingo". C. T. 1938, 212 pp.

FITZ GERALD, John D.— "Historia de la
Universidad de Arizona". C. T. 1942, 15 pp.

MALAGON BARCELO, Javier.— "El Distri-
to de la Audiencia de Sto. Domingo en los
siglos XVI a XIX". C. T., 1942, X mas
134 pp.

"La Bula 'In Apostolatus Culmine' del Pa-
pa Paulo III". C. T. 1944 74 pp.

PACHECO, Juan Rafael.— "Cien años de
vida universitaria". C. T., 1944, 88 pp.

ALMOINA, José.— "La biblioteca erasmis-

(Continúa al respaldo)

ACTO ACADEMICO

de homenaje a

JUSTO SIERRA

En ocasión de la entrega de la medalla conmemorativa del centenario del ilustre educador, enviada por la Universidad Nacional Autónoma de México a la Universidad de Santo Domingo



(9 de Diciembre de 1949)

27033 - 30
Dig



28/6/08. mm

K5AA
2725 - 30

BNPHU
DS-RV
943.772
U58a
e-3



BN
923.772
7D-58a
L.3

Discurso del Excmo. Señor Embajador de México,
Dr. José de J. Núñez y Domínguez

017377

15
11.11.11
11.11.11
11.11.11

Señor Rector Magnífico:
Señores Catedráticos:
Honorable Auditorio:

Para todo hijo de América resulta asaz emocionante y placentero a la par, poner la planta en esta tierra que tuvo el insigne privilegio de albergar al perínclito descubridor del Nuevo Mundo.

Siéntese justamente embargado por un sentimiento de veneración y bendice el momento en que la fortuna le deparó ese gozo a la vez tan puro y tan singular, porque podría decirse que en la mística americanista ello adquiere perfiles de voto de peregrino religioso, en un consustancial imperativo histórico.

Y si solamente ambular por esta ciudad primada y respirar en su ambiente cargado de memorables sucesos, es ya un deleite para el espíritu, ¡cuánto más se regocija, se ufana y se confunde en agradecimientos, aquel que como yo, tiene hoy la honra de ser recibido en esta ilustre casa de estudios, que con sus hermanas de México y de Lima, fué de los primeros emporios de la cultura occidental en América, prístinos almacigos de la sapiencia humana en estas latitudes,

viveros iniciales de los conocimientos de la inteligencia en nuestro Continente!

Alzar la voz, aunque esté desposeída de todo valer como la mía, en esta cátedra donde levantaron la suya claros varones desde los días iluminados aún por los resplandores de la gloriosa gesta colombina, es prez impar e inestimable prerrogativa; y nunca habría osado alcanzar tamaña distinción; porque, en verdad, así como se experimenta en el ánimo un sobrecogimiento de respeto y de admiración ante la urna que guarda los restos del descubridor de América, con igual sensación pálpase la grandeza de vuestro pretérito al discurrir por vuestras aulas y al ver cómo conserváis incólume la herencia de vuestros insignes predecesores.

Pero, investido de una misión gratísima y honrosa por la Universidad Nacional Autónoma de México, en cuyo cuerpo docente he figurado, aunque con escasos merecimientos, por largo tiempo, ese cometido me sirve de excusa por hallarme entre vosotros. Encargo enaltecedor que vengo a desempeñar con la más profunda satisfacción y que consiste en poner en vuestras manos, Señor Rector Magnífico, el cordial, el fraterno saludo que envía a esta Universidad la de México y la medalla con la efigie del Maestro don Justo Sierra, troquelada en ocasión de conmemorarse el Centenario del nacimiento de ese prócer de nuestra cultura, de cuya existencia dijo vuestro Pedro Henríquez Ureña que era "vida ejemplar, no de relámpagos, pero de firme luz".

Nacidas ambas Universidades dentro del mismo período en que principió la conquista espiritual y política de las tierras recién descubiertas por el genio del Almirante genovés, quedaron unidas desde su creación por nexos que pudiéramos llamar de consanguinidad literaria y científica. El natural parentesco que las ligaba, como hijas de la misma madre, hizo que ellas, aunque en diversas trayectorias y situaciones de subsistencia diferentes, realizaran idéntica acción civilizado-

ra. El frecuente contacto de letrados que habían residido en Santo Domingo, con sus colegas de la Nueva España o viceversa; la hegemonía política y administrativa ejercida por las autoridades de La Española en la vida novohispana; la presencia en ambas colonias de todo linaje de intelectuales, contribuyeron indudablemente a que los dos magnos institutos educativos se hallaran siempre en concatenación de actividades y en perfectas relaciones amistosas, a pesar de ciertos resquemores suscitados por celos de preeminencias, tan de acuerdo con el espíritu meticuloso de la época.

Bastaría desgajar del acervo de nombres famosos los de Campaña, Suazo, Vázquez de Ayllón, de Zurita, y entre los eclesiásticos los de Fray Domingo de Betanzos, Fray Tomás Ortiz y el mexicano Dávila Padilla, quien, como el otro mexicano de adopción y de formación espiritual, Bernardo de Balbuena, ciñóse la mitra arquiépiscopal.

Principalísima mención debe de hacerse del obispo Ramírez de Fuenleal, Presidente de la Audiencia de la Nueva España y autor de una "Relación" de nuestro país, y de Fray Bartolomé de las Casas, cuyo nombre lleva la capital del Estado de Chiapas, al frente de cuya diócesis estuvo varios lustros y que en México es unánimemente venerado por su apostólica defensa de los indios.

Todos estos eminentes escritores fueron los mensajeros y los propagadores de la cultura en Santo Domingo y en México, y, sin género de duda, se convirtieron en los intermediarios con quienes nuestras dos Universidades cambiaban sus mensajes de concomitancia ideológica o de paridad en la docencia.

Así que, nada tiene de insólito que la Universidad Nacional Autónoma de México, haga patentes una vez más sus simpatías a la vuestra; y que al saber que me encontraba yo en vuestro hermoso país, decidiera enviar por mi modesto conducto otro saludo más a es-

te Centro educativo que —citemos todavía a Henríquez Ureña— es uno de los monumentos de esas tradiciones de primacía y señorío que han sobrevivido secularmente y entre las cuales la de Cultura continúa radiando con espléndido brillo.

Mas para reforzar esta demostración de confraternidad espiritual y como un exponente de la nueva entraña universitaria de México; como una objetivización de sus nuevos ideales y de la conciencia humanística que preside su trayectoria en el mundo contemporáneo, me ha hecho portador de esa medalla que personifica a su propio fundador, a quien la levantó de los escombros del pasado para que, purificada y exonerada de vicios y defectos antiguos, irguiérase en moderna arquitectura ideológica, como la institución cimera de nuestra enseñanza superior.

Don Justo Sierra, poeta, historiador, tribuno, periodista, jurisperito, sociólogo, que "todo fué y en todo descolló", según la frase de Amado Nervo, representa para México al educador por antonomasia. No al simple transmisor de enseñanzas, que en noble tarea, consagra por entero sus energías al magisterio; sino al hombre superior que dotado de genio y poseedor de un extraordinario caudal omniscio, y tras de haber practicado en la cátedra durante luengos años para percibir el latido de las almas juveniles y adentrarse en la multiforme esencia de esos intelectos en agraz, escaló las cimas de la sabiduría y desde allí avizoró los panoramas de la educación nacional.

Colocado en el terreno de las supremas realizaciones, desarrolló una imponderable obra cultural, que culminó justamente con la fundación de la nueva Universidad.

Nadie como él, que había sido de los últimos estudiantes de mediados del siglo XIX, conocía el retraso universitario de los antañones establecimientos educativos. Por modo preciso y elocuente dijo que nuestra

Universidad ya en decadencia en las postrimerías coloniales y años colindantes de la Independencia, "rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias elevada entre las Colinas americanas y el exterior, extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales que fué el Renacimiento, ignorante del magno sismo religioso y social que fué la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las Universidades cuatrocentistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella; estaba emparedada intelectualmente".

Y por eso, cuando en sus hombros de gigante, alzó el nuevo organismo que debía polarizar "todas las energías de la República, aptas para la labor científica", la asentó sobre sillares modernos, amalgamando el tipo de universidad cívica con el de la generadora no de "cerebrales" sino de hombres eficaces en el vasto campo del mejoramiento de las condiciones de la existencia humana.

Aquel varón que se sintió siempre orgulloso de su origen americano —("plugo al cielo colgar mi frágil nido - en el eterno nido de tu gloria", dijo en célebre Oda a Colón)— no podía dejar fuera de la órbita americanista a la flamante Universidad, porque aunque México tiene modalidades que lo individualizan, "participa de los elementos de otros pueblos americanos". Y por ello y porque su obra se ha explayado continentalmente y refleja con exactitud el pensamiento mundonovista, puesto que este educador es de todos nuestros pueblos, como Sarmiento, como Martí —su fraternal amigo— como el esclarecido Hostos, cumbres del pensamiento y la acción hispanoamericanos, es por lo que se le llama "Maestro de América", en la medalla conmemorativa que hoy os envía como presea de su amistad la Universidad Nacional Autónoma de México.

Por ello también su retrato fué colocado solemnemente en las Universidades de Panamá y de La Ha-

bana, y su nombre se evocó en homenajes recientes en toda la América.

Recibid, pues, el saludo de la Universidad Nacional de México con vuestra gentileza tradicional, bajo el signo de Justo Sierra, de cuya evolución podría afirmarse lo que vuestro tantas veces citado Henríquez Ureña expresó del maestro de los jardines de Academo: "culminó en la armonía perfecta de una vida y de una obra".



Momento en que el Excmo. Señor Embajador de México hace entrega de la medalla al Señor Rector de la Universidad

Discurso del Señor Rector de la Universidad,
Lic. Rafael F. Bonnelly

Excelentísimo Señor Embajador:
Señores Catedráticos:
Queridos estudiantes:
Señoras y señores:

Las benévolas y gratísimas palabras que acabáis de pronunciar evocando los señalados privilegios con que el cielo favoreció a este suelo, en la primera centuria de su descubrimiento y que constituyeron argumento y promesa del claro destino de nuestra Nación, revelan vuestro puntual conocimiento de la historia de nuestros pueblos y forman la profunda convicción de que nadie más ricamente dotado que Vuestra Excelencia para estrechar, cada día más apretadamente, los vínculos de asociación y de concordia, de conocimiento y de amor, que desde antiguo entrelazan a México y a la República Dominicana.

Renuevos de un mismo añoso tronco, sujetos a idénticos peligros, destinados a disfrutar de un igual resplendor de gloria conquistada a limpio empuje de pecho, y alentados por análogos propósitos de trabajar por la libertad, la cultura y la paz, que es condición indefectible de todo plausible adelantamiento, vuestro pueblo y el pueblo dominicano, se hacen contradizos

por todos los caminos, sin que haya uno, uno siquiera, que pueda divorciarnos y separarnos.

Este mismo acto que celebramos, cuya efectiva trascendencia sólo es comparable con su emotiva sencillez, pone bien de manifiesto, el carácter de fina espiritualidad que distingue nuestras relaciones, el sello de purísima nobleza de nuestras altas aspiraciones.

Para avivar y conferir lozanía a nuestro viejo buen entendimiento hemos acudido, no a símbolos de bélicos arrestos, sino a un preclaro varón, Justo Sierra, lustre y decoro de la historia de la cultura americana, hermoso dechado de esforzado adalid en los campos del saber.

Sus trabajos y algunos de sus principios, nobles, acertados y patrióticos, perduran, porque las ideas de esa especie no caen en la eternidad como los hombres, sino que viven vida inmarcesible y gloriosa, y más o menos modificados, obran saludablemente sobre la posteridad.

La firme unión de nuestros dos centros de enseñanza, que hoy se reafirma e ilumina con nuevas lumbreras en el recuerdo del egregio Justo Sierra, ha de quedar como un operante ejemplo de buscar planos de armonía en un orden superior, inaccesible a los vaivenes de las contingencias humanas, eterno y sereno, como la idea, comprensivo y benévolo como el amor, fervoroso y fecundo como la luz del sol y estimulante como el vino generoso.

Ruego al Excelentísimo Señor Embajador, transmitir a la Universidad Nacional Autónoma de México el hondo reconocimiento de la vieja Universidad de Santo Domingo, por su amigable gesto y la seguridad absoluta de que esta Casa de Estudios guarda para aquel centro de enseñanza, una sincera veneración, y una profunda admiración por ver en ella, a la madre fecunda de tantos insignes varones como han salido de su seno y que constituyen hoy espléndidas luminarias en el cielo del saber americano.

Discurso de Orden del Dr. Carlos Fed. Pérez y Pérez,
Catedrático de la Facultad de Filosofía





El Dr. Carlos Federico Pérez y Pérez pronunciando su discurso

Honorable Señor Rector,
Excelentísimo Señor Embajador de México,
Señores Profesores,
Damas y Caballeros

Estamos asistiendo a un acto cuya sencilla realización encierra un profundo simbolismo.

En este caso más que en muchos otros puede decirse que el contenido desborda las limitaciones de la forma, va más allá de lo que objetivamente se nos ofrece, se afinca, en fin, en lo más recóndito de la realidad que obrará fatalmente sobre nosotros ya la reconozcamos o ya la ignoremos.

Desde este punto de vista es necesario reconocer, sin embargo, que no importaría que el acto a que estamos asistiendo hubiese revestido la mayor pompa, o que alguien con mayores aptitudes para cumplir el honroso encargo que ahora me abrumba, os hubiese deleitado con el hallazgo de la frase elocuente o con la profundidad del concepto ajustado, puesto que fuese cual fuese el enaltecimiento de aquella o la hondura de éste, podéis estar seguros que no hubiesen dejado de ser testimonios de la trágica insuficiencia humana

para limitar dentro de la expresión aquellos contenidos esenciales cuyo secreto de la inmortalidad diríase radica, precisamente, en su resistencia a la definición absoluta, como si ella fuera el resguardo de la zona de virtualidad que ha de permitirles renovar una y otra vez la presencia, imponer las nuevas actualizaciones y hacer del futuro, por tanto, la promesa siempre incitante, pero incumplida siempre.

Porque es de esta tragedia, en realidad, de donde se alimenta el porvenir. Está en trance de omisión el poeta que cree haber plasmado definitivamente el vuelo de sus emociones; evade la cita con la existencia quien no advierte que ella es corriente incesante y no plácida quietud de aguas remansadas; la elocuencia de una lengua, en la fijación del texto escrito, conlleva la muerte, como nos lo demuestra la Historia, si al propio tiempo no la arrastra, enriqueciéndola, transformándola, la caudalosa corriente del hacer humano.

Cuanto vengo afirmando sé que puede correr el riesgo de aparecer como un alegato en favor de una de las partes de la contradicción que ha enfrentado desde los albores de la filosofía el ser estático parmenídico al devenir heracliteano, corrientes que informan al pensamiento occidental hasta nuestros días clara o soterradamente. Podría semejar también, en armonía con aquella primera impresión, un alegato en favor del irracionalismo, una requisitoria contra los fueros de la inteligencia, de cuyo imperio vuelve a hallarse tan necesitado el mundo, y que solamente por eso adquiriría tintes de sacrilegio si no concurriera también la circunstancia de que se formula dentro de este recinto destinado a recoger el fruto de las conquistas privilegiadas de la mente humana. Porque en principio toda postura que niegue lo permanente, conspira contra la posibilidad del conocimiento humano: pensad que la ciencia está elaborada sobre principios inamovibles, o que se creen tales: que la razón humana solamente puede actuar manipulando lo que estima realidades permanentes

o que, en forma transitoria, puede aceptar como si lo fueran para llegar al hallazgo a salvo de todas las virtualidades.

Comprenderéis entonces como me apresuro a esclarecer que mi pensamiento tiene alcances mucho más modestos limitándose a señalar un hecho incontrovertible sin que pretenda por ahora deducir de él conclusiones sistemáticas de orden general.

Por lo demás, me he referido sólo a la dificultad de expresar lo eterno, lo constante, no a su inexistencia. La posibilidad de que no se haya entendido así me indica que debo yo adelantar mi firme convencimiento de que en toda manifestación, no importa las diferencias de forma, susceptibles de lo infinito, subsiste algo con vigor de eternidad, y que es a causa de esa convicción que he traído a cuenta lo difícil que resulta encontrar la expresión cabal a los contenidos esenciales que animan, por ejemplo, a los que nos hallamos aquí presentes, contenidos que no son otros que aquellos que vinculan en una solidaridad de cultura a los pueblos hispanoamericanos y en particular a los de Santo Domingo y México.

Si no llegar a una formulación definitiva es requisito indispensable para la vigencia de cualquier realidad del mundo físico o espiritual, se estaría tentado de afirmar que pocas, o tal vez ninguna de las variantes que integran ese vasto y riquísimo complejo que conocemos como cultura occidental, puede ofrecer más amplio margen de supervivencia, promesa más opulenta de proyecciones enaltecedoras, que la cultura de los pueblos americanos y, en especial, la de los pueblos que un mismo destino histórico vinculó a la sonora solidaridad de un idioma, al signo imperativo de un común entronque étnico, a la coyunda amable de una misma fé. No tenemos más que observar la aventura espiritual americana: recorrer con los ojos de la conciencia histórica el trayecto cumplido desde el momento en que la América de acento ibérico mostró poseer conciencia de

sí misma, mediante el grito de emancipación política que conmovió el continente desde California hasta la Tierra del Fuego, para comprobar cómo, en el camino recorrido desde entonces, la inestabilidad parece constituir el signo característico de nuestra cultura, la cual en el transcurso de los años se ha ufano puerilmente con cada una de las fórmulas que le deparaba la evolución incesante del espíritu humano en otras latitudes.

Tal vez en ningún otro campo como en el de la historia es más patente el signo de movilidad de las cosas. Es la historia producto humano por excelencia y es en las cosas humanas, aquellas sujetas al flujo y reflujo incesante de las manifestaciones del espíritu, en donde el devenir se nos muestra con más definido vigor. A una época sucede otra; sobre las ruinas de un imperio se levanta el que ha de sucederle; las glorias de un día son suplantadas por los infortunios del siguiente. Desde muy antiguo el hombre ha estado convencido de la fragilidad de su destino. Ya Homero habló de la brevedad de la existencia de los hombres, a quienes comparó con las hojas del árbol que se desprenden en otoño; el *Carpe Diem* horaciano no es en el fondo más que un gemido de nostalgia ante la imposibilidad de sustraer a lo grato de la inevitable alternativa; la Edad Media dará a ese sentimiento el ropaje de la mística cristiana, reservando para la otra vida la respuesta a la latente aspiración humana de estabilizar lo que aprecia como deseable.

Pero si la idea de lo precario comulgó en la mente del hombre con la de su existencia, desde los mismos albores de la conciencia humana, hasta hacerse sentimiento doloroso, no fué sino en nuestra época que ella pudo alcanzar el plano de la interpretación sistemática como base de una concepción científica de la historia. Me refiero a nuestra época como la que ha estado animada por un profundo optimismo en los poderes de la razón humana. El racionalismo tuvo la virtud de hacer surgir del sentimiento angustioso de lo precario de

las cosas, aplicado a la historia, el concepto del progreso constante del hombre hacia superiores destinos. Si la historia, ya con suficiente perspectiva para ser apreciada en una visión panorámica de conjunto, capaz de mostrar sus incesantes variantes, era índice de inestabilidad, ello estaba compensado por el hecho de que la mudanza inevitable venía a resolverse en una superación constante del hombre para llegar a la realización de sus más altos destinos. Nació así la teoría del progreso incesante del espíritu humano, destinada a dar base ideológica, en una u otra forma, al dinamismo de nuestra época. Piénsese, en efecto, que en ninguna otra como en ella ha sido más notorio el cambio incesante; si en las otras subyacía en el fondo de toda visión del mundo y del hombre la idea de la mutabilidad de las cosas humanas, era más bien como explicación del destino individual de cada quien, restando siempre un lastre densísimo de aceptación del mundo como algo dado definitivamente, en cuanto a la organización social, a la organización política o al credo religioso. No ha sido así a partir del Renacimiento, en donde es posible fijar el origen, por lo regular informe, a veces definido, de las corrientes que han delineado el contenido de ideas y aspiraciones que agita a la edad contemporánea. A partir de entonces fué acentuándose la fé en un progreso continuo, que supeditaba tanto el destino individual como el de la sociedad humana a una permanente renovación, con miras a alcanzar la meta de la suma perfectibilidad.

La idea optimista del progreso continuo se avenía perfectamente con la realidad y las necesidades americanas y por eso, tanto como por pertenecer al caudal de las que informaron el movimiento ideológico de la independencia de nuestro continente, ha gozado de vigorosa vigencia en nuestro pensamiento.

La emancipación política planteó ante las mentes hispanoamericanas esclarecidas la necesidad de proveer un respaldo cultural al progreso político, que en mu-

chos aspectos sólo teóricamente, había rubricado la espada en las lides enardecidas de la pugna bélica. Este cometido era tanto más difícil de realizar cuanto que junto a él surgió también la pretensión, que aún tiene vigencia, de una cultura americana propia, que se bastara a sí misma.

Ya en 1825 el estro inspirado de Andrés Bello incitaba en una famosa silva a la musa poética a escoger como motivo de su canto a la espléndida naturaleza americana. Se acostumbra a limitar este hecho a la esfera de lo literario no obstante que es revelador de un estado de conciencia que abarcaba todos los aspectos de la vida americana. Además, revelando un propósito, podía ser también orientador en cuanto al instrumento que iba a servir para su consecución. Si en la conquista la palabra evangélica constituyó el recurso más poderoso para integrar al mundo recién descubierto dentro de los moldes de la cultura cristiana, iba a corresponder a los hombres de pluma y pensamiento americanos, a partir de la independencia, el asumir un rango misionero enaltecedor, encaminado a hacer viables las exigencias del progreso que era indispensable cumplir a fin de cimentar la obra de la evolución política recién llevada a cabo. A este requerimiento del medio americano está íntimamente vinculado el origen de un tipo intelectual que parece privativo del proceso de evolución de nuestros pueblos, por lo menos dentro de características que no es fácil encontrar en los otros medios: se trata del prócer civil.

El tipo intelectual americano que califico de prócer civil es el de aquél que dado a los afanes de la cultura no limita sus propósitos a la esfera de aquélla, sino que, por el contrario, la utiliza solamente como medio de llegar a finalidades en cierto modo ajenas a ella. Así como a veces el militar ha requerido de las galas de la elocuencia para que se reconozca a la victoria sus verdaderos alcances, del mismo modo el prócer civil americano no utilizaba las prendas del saber intelectual co-

mo aliadas poderosas, tal vez indispensables, para la consecución de metas especialmente valiosas para el resguardo de la sana evolución social y política de nuestros pueblos. A la capacidad expresiva, vale decir, literaria, se atribuía como consecuencia un carácter funcional eminente, lo cual plantea hoy al historiador de la literatura hispanoamericana un problema de difícil solución, por las vinculaciones de lo que es propiamente literario con aquello que solamente en su expresión tiene categoría de tal, caso que es el de casi todas las grandes figuras intelectuales hispanoamericanas del período que se inicia con la independencia y se extiende hasta nuestros días.

Semejante circunstancia no es más que reflejo de la eminencia constructiva que la función verbal ha alcanzado en nuestros pueblos desde la conquista y aún dentro de la historia del ancestro europeo. El hecho ha sido señalado por un escritor hispanoamericano, el Profesor Agustín Yáñez, del Colegio de México, en cuyo ensayo *El Contenido Social de la Literatura Iberoamericana* se afirma: "Antes que producto cultural, mucho antes que fenómeno artístico, la literatura es instrumento de construcción americana. La palabra rige el acto del Nuevo Mundo. En el principio y como medio: pero sobre todo en la finalidad, como ethos. Provisiones reales y esfuerzos de inteligencia oral entre forasteros e indígenas, la palabra diseña, realiza e infunde carácter al ser de América, nacido no del golpe que destruye, sino de la comunicación que identifica. Monarcas y navegantes, misioneros y soldados consagraron el idioma como primer elemento de penetración". En efecto, agregamos nosotros, frente al panorama de destrucción, de encuentro mortal entre dos culturas, que generalmente nos ofrece la historia de la conquista de América, se delinea este otro de una compenetración entre ellas en que al fin se iba a resolver el tremendo conflicto planteado originalmente. Si era cierto que existían profundas divergencias entre conquistadores y conquistados, no lo es menos que tam-

quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma a otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de que alcance su plena cocción. La tradición ha pesado menos y eso explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo, que procuramos alcanzarlo a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medido, es el único "tiempo" histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación".

En las palabras del notable intelectual mexicano se advierte la creencia de que ese apresuramiento que las circunstancias han impuesto a América, obligándola a una acelerada renovación de sus formas culturales, no será óbice para cumplir los altos destinos que indudablemente le reserva el porvenir. Lejos de nosotros la osadía de contradecir semejante convicción, cuando precisamente la compartimos, pero nos parece que podría preguntarse si no hay inconveniente en subestimar las dificultades que quedarían de relieve, a nuestro juicio, por el hecho de que las renovaciones culturales europeas hayan respondido siempre a la acción de energías autóctonas, consustanciales con el medio en que se producen, mientras que en América ellas vendrían a ser el resultado de un proceso cumplido a la inversa, esto es, proyectado desde lo exterior y ajeno por tanto en cierto modo a las esencias de la intimidad americana.

Aunque de suyo interesante, el tema sólo podemos aludirlo, pero no inútilmente puesto que nos sirve para destacar el valor de la obra de los próceres hispano-americanos cuyos empeños culturales les empinaron tan-

bién había puntos de contacto que la generosidad humana podía fecundar de modo admirable en los predios de la identificación, y estaba allí la palabra para consagrar tan nobles posibilidades y, al ejercitar su cometido enaltecedor, no hacía en realidad más que cumplir lo que ya preveía Antonio de Nebrija en 1492, el año de la caída de Granada y del descubrimiento de América, cuando en la dedicatoria de la primera gramática castellana destacaba ante Isabel la Católica la importancia del idioma para la realización de los altos destinos universales del reino.

Era pues simiente de abolengo secular la que debía florecer en América al amparo de la figura venerable del prócer civil. Su labor enaltecedora tenía que concretar en realidad la promesa esperanzada de una vida mejor, que a menudo posó ingrávida, hasta temerosa, en el filo de la espada libertadora. Para la labor doctrinaria del prócer civil estaba presente la exigencia de la marcha evolutiva de arrestos autónomos, que imponía al mismo tiempo, con urgencia previsiva, la necesidad de consagrar en hitos permanentes la tradición espiritual, esto es, fijar la continuidad indispensable. Ninguno de los dos aspectos resultaba despreciable para la América de ascendencia hispánica. Piénsese que llegaba con notable retraso al concierto de la civilización moderna. En no escasa parte el extenso período colonial la mantuvo apartada de las conquistas de la cultura de occidente. Añádanse otras circunstancias derivadas del lastre de su defectuosa composición social, étnica y administrativa y se comprenderá cómo, para alcanzar el nivel y el ritmo de progreso requeridos, tenía la América hispánica que forzar la marcha e imprimir un compás acelerado al fluir de sus formas culturales, a manera de compensación de las deficiencias apuntadas y como garantía de su aptitud para participar de los gajes suculentos del esfuerzo del hombre moderno en las lides del espíritu.

“Nuestro drama tiene, ha dicho alguna vez Alfonso Reyes, un coro y un personaje. Por escenario no

to como para que puedan ser considerados los cimentadores de la emancipación política.

La estirpe es prolífica si se tiene en cuenta la altura excepcional de quienes la integran. La palabra sería el instrumento indispensable para la acción: el objeto de ésta es la magna empresa de suplir las deficiencias de contenido y las fallas de la forma. Los nombres de Andrés Bello, de Domingo Faustino Sarmiento, de Eugenio María de Hostos, de José Enrique Varona y de tantos otros fulgaran allí. Allí está a plenitud de títulos, el maestro Justo Sierra.

Abrigo la esperanza de que las consideraciones que hasta aquí me he permitido hacer, con mengua de la paciencia de vuestra ilustrada atención, os habrán hecho percibir, supliendo la deficiencia de mi palabra y la aridez de mi pensamiento, el perfil de esta magnífica figura intelectual de nuestro continente. Aunque su nombre hasta ahora no había honrado estas páginas era la virtud de su evocación lo que las animaba. Por eso habréis comprendido sin duda que se trata de un altísimo espíritu a quien alentaba el impulso de una renovación constante, ejemplarmente destacada por conquistas cuya permanencia señala hoy a las generaciones de su país y de América la trayectoria que iluminó con la prestancia física y espiritual de su personalidad egregia, tan relevante que no le fué difícil concitar en todo momento el respeto, la admiración y el afecto de sus contemporáneos.

De abolengo literario pues el padre tuvo también nombre en el campo de las letras, homónimo del de su hijo, la existencia de Justo Sierra transcurre entre los años de 1848 y 1912. El 26 de enero del primero nace en Campeche; el 13 de septiembre del segundo dejó de existir en Madrid, adonde le había llevado la representación diplomática de su país.

En el Colegio de San Ildefonso, en México, continúa en 1861 los estudios que había iniciado en Mérida.

Con el traslado a la metrópoli mexicana se afirmó su vocación literaria. "Había traído de su costa nativa, nos dice Carlos González Peña, a quien seguimos en esta breve semblanza biográfica, un poemita que le inspiró el rumor del mar y que hizo época: *Playeras*. Se le franqueron las puertas de los cenáculos literarios. Artículos, cuentos, novelas, versos, salieron infatigablemente de su pluma con destino a los periódicos".

En este primer período de su incansable actividad intelectual se produce su contacto con las orientaciones radicales de su maestro Ignacio Altamirano, su colaboración en *El Renacimiento* que aquél dirigía, y en *El Monitor Republicano*, y su doliente elegía al borde de la tumba del prematuramente desaparecido poeta Manuel Acuña. Una profunda herida experimentada por sus sentimientos fraternales, la muerte de su hermano Santiago, le retrajo luego, etapa en la cual, sin embargo, lejos de entibiarse el fervor de sus afanes intelectuales, van éstos a acendrarse en la meditación fecunda, para beneficio de la capacidad de estructuración lógica del historiador, de la perspicacia profunda del sociólogo y de la levantada ejecutoria del educador, todo ello oreado por el sentido humanitario que podía arraigar ampliamente en el sentimentalismo del poeta de otrora que no dejó de serlo nunca.

Llevará más tarde su verbo a las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria, en donde enseñará *Historia General*; será legislador; Magistrado de la Suprema Corte de Justicia; Subsecretario de Instrucción Pública y, finalmente, durante seis de los años postreros de su vida, titular del ramo, desde donde realizara una labor vastísima que es coronada con la reinstalación de la Universidad Nacional de México en 1910.

El literato legó una obra que aporta títulos notorios a la evolución de las letras mexicanas; el historiador cuenta en su ejecutoria con un *Manual Escolar de Historia*; un *Catecismo de Historia Patria* y las dos

obras de perfiles trascendentes en que se asienta justificadamente su prestigio: Evolución Política del Pueblo Mexicano y Juárez, su obra y su tiempo; el educador, como ya hemos dicho, rubricó sus afanes con aquel acto que le vinculó imperecederamente a la evolución de la cultura no sólo de su patria sino también de América: la reapertura de la secular Universidad de México. Pero en todos estos aspectos hay un sentido único que da al conjunto armonía de doctrina y orientación y unitaria proyección estética. La esencia de la doctrina y sus proyecciones son siempre las del educador por esencia: la concepción estética se enraiza en su amplia capacidad de simpatía universal, vale decir, humana.

Estos aspectos se insertan asimismo en el contenido ideológico que junto con la confianza en el progreso constante del hombre, expresa o implícitamente presidió la accidentada evolución política y cultural de Hispanoamérica en el siglo XIX, y que aún hoy rescata de continuo la primacía de su influencia en el pensamiento de nuestros países, no obstante la veleidosa solicitud de otros principios a los cuales las vicisitudes del siglo han pretendido y pretenden otorgar universal reconocimiento.

La obra de la independencia política en América se realiza al amparo de las ideas que trataron de adquirir validez universal con el triunfo de la Revolución Francesa o que cimentaron en ese hecho su posterior desenvolvimiento. El siglo de las luces, el enciclopedismo francés, llevaron a su más alta concepción el optimismo racionalista. La fe en la capacidad de la razón halló su complemento, no obstante la contradicción que pueda imputársele, en el naturalismo roussoniano que confiaba ilimitadamente en la bondad natural del hombre. La creencia en las virtudes racionales y la fe en las virtudes morales ingénitas se complementaban perfectamente en el enaltecimiento del hombre como individuo. Rousseau dijo que la maldad humana no era más que consecuencia del vicioso organismo social. El hombre,

bueno por naturaleza, había sido pervertido por el medio social; bastaba para la felicidad del género humano modificar la sociedad en forma tal que no vulnerase aquella ingénita cualidad. El racionalismo enciclopedista pensaba que el hombre solamente era malo cuando era ignorante; la solución de los infortunios humanos radicaba entonces en extender las luces del conocimiento, en ilustrar al hombre.

Basta recorrer el pensamiento doctrinario hispanoamericano del siglo XIX para observar, como estos dos principios se perfilan también constantemente a través del verbo de nuestros próceres civiles y como, gracias a ellos, han penetrado la médula de las concepciones de la ideología social y política de nuestros países. No importa ciertamente, como a veces sucedió, que se visitan con el ropaje de posturas actualistas; debajo de la forma exterior se les hallará siempre latentes. Por eso los grandes constructores cívicos hispanoamericanos muestran en todo momento una fe profunda en las virtudes de la educación; por eso, asimismo, frente a todas las adversidades emerge una y otra vez la convicción que les anima de los altos destinos del hombre en general y de nuestros pueblos en particular.

En ninguna de las tres esferas en que se hizo sobresaliente escapa tampoco la labor de Justo Sierra a esos contenidos esenciales. Puede presumirse asimismo que su incesante capacidad de renovación, además de alimentarse, desde luego, de su ingénita vitalidad espiritual, hallaba soporte ideológico en aquella otra idea capital del progreso continuo a que antes nos hemos referido.

En las letras de México la influencia de Justo Sierra se inicia dentro de las corrientes románticas que habían llegado a imperar con retraso en la América española. En México ciertamente condiciones locales atribuyeron un tono especial al romanticismo. Se ha hecho notar la alta densidad clásica de la cultura mexicana a lo cual pueden agregarse ciertas peculiaridades

del genio azteca. Nuestro Pedro Henríquez Ureña hizo a este respecto observaciones que parecen haber tenido un valor generalmente aceptado. El motivo fué, como se sabe, la singularidad de Juan Ruiz de Alarcón dentro de la literatura española del Siglo de Oro. El sentido sobrio de la vida mexicana, puesto allí de manifiesto, junto a la tradición clásica, sin duda que constituyeron frenos poderosos para el desbordamiento romántico en México. Por eso puede ofrecer el romanticismo mexicano personalidades tan peculiares como la de Ignacio Ramírez que nos muestra dentro de una forma clásica un espíritu romántico.

Dentro de la literatura americana no es extraño, por otra parte, la unión de las formas sobrias, trabajadas, neoclásicas, con el impulso individualista, que pretendía ignorar toda norma, que puso en boga el romanticismo. De ahí en buena parte que los intentos de liberación literaria que se ampararon en las tendencias románticas resultaran fallidos; en realidad, si el sentimentalismo romántico se vestía de temas nacionales, si el amor a la naturaleza pretendía elevar a la substancia de nuestra literatura lo puramente americano, la tiranía de la forma por lo general atemperaba tan irremediablemente la tendencia que casi la desvanecía, manteniéndola sujeta, por esa especie de cordón umbilical, a la influencia de las anémicas corrientes neoclásicas de la última etapa del colonialismo español. Tal vez si en ninguna de las naciones hispanoamericanas se perfila mejor esta situación que en México, tanto por la razón que anteriormente aludíamos de la relativa densidad clásica de su cultura, como por ciertas circunstancias temperamentales del hombre mexicano. "Para eso, ha dicho un escritor azteca, era propicio el espíritu mismo de la raza, su lentitud, su falta de audacia y su carencia de fe en las nuevas doctrinas literarias, a más de su constante y tradicional sentido de la medida y de la norma que inhibe todo acto desbordado, hundiendo la expresión en un velo melancólico de tono menor, de voz baja, silenciosa". "En suma, agrega más

adelante José Luis Martínez, podemos concluir que el Romanticismo mexicano manifiesta, frente al español, una restricción y selección de sus temas característicos en vista de su propia idiosincracia. Es un Romanticismo frenado; nunca extrema los votos y no añade por su cuenta ningún tema propio”.

Con la figura egregia de Altamirano, el extraordinario indígena de formación clásica y espíritu romántico, éste era el clima que había llegado a formular el romanticismo a cuyas corrientes se acogería la iniciación literaria de Justo Sierra. Pero tales moldes debían ser desbordados tempranamente por él. Si en su famosa *Playera*, que le conquistó el acceso a los círculos literarios de su época, se advierte una inspiración sosegada, que a veces parece pueril, ya en los *Cuentos Románticos*, de un impulsivismo sentimental al estilo de las leyendas de Becquer, a mi juicio, y en sus poesías de juventud, está presente un ardor lírico que trata de alcanzar toda la capacidad expresiva del idioma. Con razón dice Luis Urbina que si la influencia de Víctor Hugo tenía ya antecedentes en México es con Justo Sierra con quien se define como nunca antes. “Las alusiones a la leyenda napoleónica, las defensas de la mujer caída, databan de una época anterior y eran huguianas, dice Urbina; pero la antítesis centelleante y la imagen deslumbradora y el tropo titánico, entraron con las odas de Justo Sierra, con esas silvas que chispean como hierro batido en yunque, con esos endecasílabos y heptasílabos de bronce, con ese filosofar trascendentalista, un poco misterioso, un poco sibilino, que hace de la poesía un canto profético”.

La definición de la personalidad literaria de Justo Sierra en este sentido señala la iniciación de influencia directa de la lírica francesa en la poesía mexicana y, lo que es más importante, el comienzo de uno de los aportes que debía llevar años después a la liberación de la poesía hispanoamericana de ataduras que le mantenían en nivel de provincialismo con respecto a la de la Ma-

dre Patria España. Para apreciar la importancia que para tal desenvolvimiento pueda tener la figura de Justo Sierra, piénsese en que el Modernismo es en no escasa parte una revelación de la capacidad expresiva del idioma; un quebrantamiento de la anquilosis a que estaba sometida la lengua literaria española, a partir de las rigideces académicas que las influencias del neoclasicismo francés debía introducir en España en el siglo XVIII, tras el agotamiento de aquel período glorioso, ornamentado de exuberancia individualista y enfática, que fué el Siglo de Oro. Por lo demás, no se puede perder de vista que uno de los más notorios precursores del modernismo es el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, a quien prologa Justo Sierra en la edición de sus Poesías llevada a cabo después de la muerte del poeta. Allí dirá el maestro mexicano, refiriéndose a la trascendencia de la obra literaria de Gutiérrez Nájera, pero reflejando también en parte la orientación y el alcance de la propia, las frases siguientes, en donde, a la par que se advierte su impulso renovador, está presente sin duda el aprecio que le merece la debida conservación de los atributos esenciales de nuestra lengua: "El habla española, el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente (por la imitación francesa) no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del memorable poeta que aquí memoramos, fué poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba a conocer a la reina de las literaturas latinas de nuestra época, y defender la lengua de España, como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo".

La obra puramente literaria del Maestro Sierra se levanta y acendra al amparo del innato fervor que caracteriza a quien la elabora. Si en la expresión de la lengua ese fervor desborda los límites de una impotente sobriedad clásica, en la manifestación de las cualidades del historiador servirá para bañar la reconstrucción

histórica con el hálito de un profundo sentimiento humano que, no obstante, sabe utilizar hábilmente los recursos de la estructuración lógica, para llegar a la síntesis que resume y explica los acontecimientos. Nuestra época ha visto el florecimiento, si así puede calificarse al imperio de una postura que niega validez a todo cuanto no sea el dato escueto, de la historia de empaque cientificista que pretende lograr la reconstrucción del pasado con la simple yuxtaposición documental, sin librar margen alguno al sentido psicológico del historiador, a su simpatía humana, capaz de suplir, en ocasiones, una mayor certidumbre que el testimonio escrito para el rescate del hilo invisible de las pasiones e intereses que vincula unos a otros los hechos del currir del hombre. Por lo demás, si hay siempre una zona de elementos incoercibles en las reacciones humanas, nada autoriza a pensar que ella no se refleja con tanta persistencia en lo que esté autorizado por el documento como en la interpretación que, confiado en la peculiar lógica de lo intuitivo, aporta la visión del verdadero historiador sobre los hechos que describe. Esa visión tendrá que descansar siempre en un alma fervorosa, como la de Justo Sierra. "Caso es de asombro, dice Antonio Caso, hallar representantes genuinos de esa forma de la simpatía universal que, según Hoffding, es el sentido histórico; espíritus que, como el del ilustre Justo Sierra, supieron aunar a la Historia la intuición filosófica; al pensamiento de lo complejo y de lo singular, el de lo universal y lo simple; a la preocupación de definir lo invariable, el conocimiento de lo vario, la búsqueda de lo perenne en lo cambiante; y a la inteligencia pura, sus formas severas y su lógica intrínseca, la intuición, es decir, el amor." Justo Sierra fué un platónico, porque fué, como Platón, un amante".

La labor de historiador de Justo Sierra, que se inicia con un definido propósito educativo, puesto que las primeras obras son libros dedicados a la enseñanza, culmina con dos realizaciones monumentales que ocupan sitio distinguido en la literatura histórica americana-

na: "Evolución Política del Pueblo Mexicano" y "Juárez, su obra y su tiempo". El fino sentido histórico de que dió muestras en sus primeras obras destinadas a la escuela, alcanza en ellas para una construcción de magnitud arquitectónica, soberbios ejemplos de historia genética, en que el desenvolvimiento de los hechos muestra una concatenación racional revestida por la ponderación de un generoso espíritu comprensivo, no porque disimule errores o soslaye la condenación del crimen, que los primeros sabe señalarlos y el segundo anatematizarlo, sino porque se alza sobre una visión panorámica de conjunto que sabe abarcar en poderosa síntesis tanto los parajes poco favorecidos o inhóspitos del paisaje como aquellos en que el esplendor de la naturaleza ha lucido sus mejores ornamentos.

La Evolución Política del Pueblo Mexicano parte desde los remotos orígenes precortesianos hasta la época en que vivió Sierra. A través de tan largo recorrido, priva junto al relato del hecho, el dilucidamiento del motivo que lo genera y las consecuencias de que a su vez es origen. Es el concepto evolutivo de la historia que hemos dicho estaba íntimamente vinculado a la época y a la formación del maestro. A este principio científico le unge Justo Sierra con su generosa curiosidad de amante encendido de irreparable pasión hacia las cosas humanas, entendidas éstas en su más elevada acepción. Su profesión de fe en este aspecto es clara y terminante. "El desenvolvimiento de un alma primitiva que tiene por núcleo un carácter, dice, que recibe color de los acontecimientos y tiende a recobrar sobre ellas, y con ellas se complica y transforma, a su vez, en acontecimiento determinante de series de sucesos, cuya vibración se propaga indefinidamente en el tiempo, es un supremo espectáculo; no sé si hay otro igual para el espíritu; equivale al de la creación de un mundo, al del descubrimiento de una verdad fundamental. Es más interesante porque encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida. Pero si este drama toma las proporciones de una

revolución histórica, si llega a servir de medida a la cantidad de influencia que puede la historia de un grupo humano tener en la Humanidad, entonces resulta para el contemplador algo sorprendente y único”.

Como observa Alfonso Reyes, este sentido de la historia, admirablemente desenvuelto en las partes de la obra referentes a las épocas anteriores de la independencia mexicana, se afirma y depura cuando se trata del México emancipado, cuyos hechos, si bien podían adolecer de falta de perspectiva por su proximidad, revestían particular interés para el Justo Sierra educador, que necesariamente tenía que atribuir una finalidad pragmática a su obra. Esa era postura indispensable para su definido perfil de prócer de la civilidad americana; era inevitable proyección de la labor del modelador político que aspiraba a cimentar mediante la prédica la capacidad necesaria para el cumplimiento de los derechos y deberes que había aparejado la emancipación americana.

Es este mismo propósito, más acentuado si cabe, el que anima la segunda de las obras históricas capitales de Justo Sierra, “Juárez, su obra y su tiempo”. En las hermosas palabras de la portada campea ya el espíritu del maestro. El libro está destinado a afirmar la concepción clásica de la personalidad del insigne prócer republicano y de su acción trascendental que, llevada a cabo con viril empecinamiento cívico y épico, debía poner punto final a la absurda intentona napoleónica de sostener un trono imperial en América. Tan relevantes son esas palabras que entre los párrafos que me he atrevido a ofreceros como resumen de la postura de Justo Sierra en las diferentes esferas de su actividad intelectual, no pueden faltar algunas de las líneas que contienen la hermosa portada a que nos estamos refiriendo: “Haga cada cual aquello que lo ponga de acuerdo con su conciencia. La mía me ha inspirado el afán de limpiar del “negror del humo”, como decía Horacio, al gran representante de nuestro derecho en una

época en que la República luchó para vivir y agonizó vencida, al gran indígena a cuya memoria la gratitud del país ha erigido un ara incommovible. Y dedico esta labor a la juventud porque la vida de Juárez es una lección, una suprema lección de moral cívica. Puedo engañarme, pero no sé engañar. Si este libro no fuese nacido de una sinceridad inmensa, no osaría consagrarlo a la generación que llega; sería como si presentase una frente manchada a los besos de mis hijos”.

Y es que la faceta del educador provee su verdadera vertebración a la amplísima labor intelectual de Justo Sierra. El es el maestro por antonomasia, continuador insigne de la progenie de Gabino Barreda, de Ignacio Ramírez y de Ignacio Altamirano, quienes, en sucesión conspicua, derramaron sus orientaciones sobre las clases intelectuales de México. La profunda evolución que emprende la nación mexicana en sus sistemas educativos, a partir del triunfo de la República frente a la repudiable intromisión extranjera, con el fin de librar a su pueblo del lastre del colonialismo, todavía imperante en múltiples formas de la organización política, económica y social, hallará en Sierra uno de sus más calificados campeones. Llegado en la juventud a la cátedra, sus condiciones de maestro se perfilaron sin tardanza y adquirieron consagración definitiva al estimarse como el llamado a reparar el vacío producido por la desaparición de Altamirano. Aquella vocación, incesantemente cultivada, debía llevarle a las posiciones oficiales encargadas de la dirección de la enseñanza en México, para dejar vinculado su nombre al progreso y expansión tanto de la instrucción primaria como de la superior.

En función de esta ininterrumpida trayectoria, le podremos contemplar exponiendo sus ideas sobre la delicada misión de la enseñanza pública en dos ocasiones memorables, primero, en la velada que tuvo lugar el 22 de marzo de 1908 a la memoria de Don Gabino Barreda, y en segundo término, en ocasión de inaugurar

se la Universidad Nacional Autónoma de México en 1910, fruto preciado de su magnífica gestión al frente del Ministerio de Instrucción Pública de su patria.

En la primera de las oportunidades indicadas, le veremos pronunciarse en perfecta armonía con los imperativos de las más íntimas fibras de su personalidad de gran amante, de gran platónico, como le ha calificado Caso, vale decir, antipositivista, aunque sin dejar de reconocer en aras de aquella misma virtud humana los amplios débitos contraídos por la cultura de México con la figura eminente de Barreda. La enseñanza positivista, la fe positivista, implantada por él, sin embargo, no podía merecer la adhesión de un espíritu en constante proceso de renovación como el de Sierra. Por eso frente a la certidumbre absoluta en las verdades científicas como fundamento del sistema educativo que preconizaba Barreda, Sierra subraya las virtudes de un escepticismo avisador, que debe tender incesantemente la mirada hacia algo más allá. "Dudemos, exhorta, en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si esta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha?"

Esta posición antipositivista, sin embargo, no implica en manera alguna que el maestro se negara a reconocer lo racional como base indispensable para la educación. Si su espíritu no abrigaba fe ciega en los poderes de la ciencia, no significaba ello que desconociera el rango de primacía que debía corresponderle. Mal iba su antipositivismo a negarle como hijo de su siglo ni a inducirle a traicionar su investidura de prócer civil hispanoamericano, alentado en una forma u otra por el optimismo racionalista del siglo de las luces. Pero como además era un platónico, diríase que el majestuoso atuendo emocional de su espíritu se halla en lucha constante con aquel imperativo, como parece traslucirse en

el párrafo que sigue del discurso sobre Barreda: "La creencia, la fe, constituyen el derecho sagrado de todo el que piensa, de todo el que siente; pero son individuales, tienen sus motivos en lo íntimo de cada ser, tal como el heredismo y la ambición moral que respira, lo han formado; sus fundamentos son "esas razones que la razón no comprende"; pero sólo lo que la razón comprende puede asentarse en el libro de la escuela como texto de ciencia y de verdad".

Si nos diésemos a buscar el punto de gravedad de las ideas del maestro mexicano, tanto en materia de educación como en los otros aspectos de su personalidad, tal vez si sería posible hallarlo informado por ese conflicto latente entre la emoción del platónico y el racionalismo del aristotélico. No es por cierto una posición extraña en la cultura hispanoamericana y en México parece hallarse abonada por peculiares condiciones históricas y sociales que no es del caso ponderar ahora.

En la última de las ejecutorias magistrales que definen la personalidad de educador del Maestro Sierra, el discurso con motivo de la inauguración de la Universidad Autónoma, la síntesis entre las dos tendencias de su espíritu parece haber arribado a una etapa de madurez aproximada a los ideales de la educación integral que tienen en cuenta al hombre no sólo como ente de razón sino también de sentimiento e instinto. No es la educación, ni aún la universitaria, cultivo únicamente de las virtudes de la razón, sino que "precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral, en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal; irlo realizando día a día, minuto a minuto: he aquí la divina misión del maestro".

Es en esta elevada tarea de conformación moral en donde asienta la obra nacionalizadora de la Universidad. Su poderosa capacidad de simpatía humana no podía conformarse jamás con una ciencia deshumanizada.

zada. "No, no se concibe en los tiempos nuestros, dice, que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor". De ahí se alimenta su concepción de la Universidad como "un grupo de estudiantes de todas las edades sumados en una sola, la edad de la plena actitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotase, con tal que la linfa sea pura, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber".

Ese empeño nacionalizador es fiel reflejo de lo postura constructiva con que los varones de su estirpe tendieron siempre a sumar los beneficios del conocimiento a la causa de la formulación de una cultura propia para los pueblos de nuestro continente. Para dignificar el empeño Justo Sierra no se resigna a limitar su fundamento sólo en el amor a la tierra natal, que palpita expresa o implícitamente en el fondo de la requisitoria, sino que aspira a la densidad racional que le atribuya rango académico. "Lo que presenta un interés extraordinario, afirma, es que no sólo por esas condiciones el fenómeno social, y por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico, tienen aquí formas sui generis, sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de la Naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biológico, obedecen aquí a particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y baralógicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una

provincia no autonómica, porque toda la Naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica”.

No se hasta que punto podrán los rasgos que aquí he señalado definir la personalidad egregia de Justo Sierra. Que lo haya intentado quien solamente posee los títulos de una profunda simpatía y de un sólido sentimiento de afecto a las grandes figuras de la cultura hispanoamericana alcanza contornos de imperdonable osadía. No obstante, no cabe duda en cuanto a la importancia de Justo Sierra como maestro de la juventud mexicana, como historiador y como literato. Y si las realidades geográficas, históricas y sociales de nuestros pueblos autorizan a considerar como una unidad al conglomerado de naciones hispánicas de América, comprenderemos sin mayor esfuerzo la trascendencia que tuvo su labor para la cultura americana, a la par de la de otras figuras que marcaron su tránsito por la vida con huellas indelebles y enaltecidas, muchas en sus países respectivos, no pocas en todo el continente.

La época que nos ha correspondido vivir muestra ya para la América hispánica una fisonomía más definida. Junto a las corrientes tradicionales se conjugan las que la evolución incesante del espíritu humano va sumando al acervo común. El tiempo nos permite a estas alturas cierta perspectiva para juzgar el pasado, y amparados en la ventaja de esa visión panorámica, no podremos dejar de reconocer lealmente cuanto debe el presente a las ejecutorias del pretérito. En la columna de ese débito figuran inscritas con signos grabados en oro las aportaciones fecundas de los próceres civiles hispanoamericanos.

Cuando me referí a la especial solidaridad de cultura entre México y Santo Domingo tenía en mente los tantos aspectos históricos y sociales en que ambos pueblos parecen haber seguido una evolución paralela con iguales o semejantes vicisitudes y con realizaciones si-

milares. Ambos fueron asientos primigenios de la obra colonizadora; a los dos correspondieron las primeras Universidades de América; la independencia política la alcanzaron ambos en 1821 y los dos tuvieron que soportar la prueba de la intervención europea en la séptima década del siglo pasado. Añádase a esta serie de coincidencias, el hecho de que las Universidades que en ambos pueblos debían ser los centros que recogieran las aspiraciones de alta cultura de la época colonial, fueron reinstaladas en México y Santo Domingo con diferencia de pocos años, y que hoy cuando la casa de estudios que fué solemnemente inaugurado por Justo Sierra en 1910 es símbolo de la incesante actividad que ha hecho de México uno de los dos más importantes meridianos de la cultura hispanoamericana, disfruta la Universidad de Santo Domingo de la más fecunda etapa de su existencia, viéndose engrandecida gracias a la acción constructiva de nuestro insigne Presidente Trujillo.

Ese paralelismo, pues, hace más estrechos los vínculos culturales entre México y Santo Domingo, y contribuye a destacar el profundo significado de este acto, en que nuestra Universidad ha recibido el valioso presente de la Medalla del Centenario del Maestro Justo Sierra, enviada en gesto de cordial solidaridad por la Universidad Nacional Autónoma de México.

He dicho.

Se acabó de imprimir este folleto en los talleres tipográficos de Pol Hermanos en Ciudad Trujillo, República Dominicana el día 27 de Mayo de 1950.

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD
DE SANTO DOMINGO.

-
- | | |
|-------|------------------------------------|
| Serie | I—Bibliografía |
| " | II—Filosofía y Humanidades |
| " | III—Derecho y C. Sociales |
| " | IV—Geología y Geografía |
| " | V—Lengua y Literatura |
| " | VI—Físico-Química y
Matemáticas |
| " | VII—Folklore |
| " | VIII—Historia del Arte |
| " | IX—Historia y Biografía |
| " | X—Musicología |
| " | XI—Ciencias Médicas |

●

(PERIODICAS)

ANALES
ANUARIO
CALENDARIO
DIGESTO

